

La dinámica política de la Galicia post-autonómica¹

Jesús DE JUANA LÓPEZ
Julio PRADA RODRÍGUEZ
Dpto. de Historia, Arte y Geografía
Universidad de Vigo
jjuana@uvigo.es
jprada@uvigo.es

RESUMEN

En este artículo se estudia la evolución política de Galicia desde las primeras elecciones autonómicas hasta la derrota del Partido Popular en los comicios del 19 de junio de 2005. Se presta especial atención a la dinámica interna de las diferentes fuerzas políticas y a las claves de su proyección electoral.

Palabras clave: Galicia. Transición. Evolución política. Nacionalismo gallego. Autonomía. Partidos políticos.

The Political Dynamics of Post-Autonomic Galicia

ABSTRACT

In this article the political evolution of Galicia is studied from the first autonomic elections to the defeat of the Popular Party in the elections of the 19th June 2005. It gives attention to the internal dynamics of the different political forces and to the keys of its electoral projection.

Key Words: Galicia. Transition. Political Evolution. Galician Nationalism. Political Autonomy. Parties.

Sumario: 1. Introducción. 2. Los difíciles comienzos. Las primeras elecciones autonómicas. 3. La crisis permanente: del segundo gobierno Albor a la formación del *tripartito*. 4. La *pax fraguiana*. 5. La lucha por la sucesión y el reparto del caudal hereditario.

1. Introducción

El Decreto-ley de 16 de marzo de 1978 instituía el régimen de pre-autonomía de Galicia, y un mes después, el 16 de abril, se constituía la Xunta pre-autonómica con Antonio Rosón de presidente. En su reunión del 15 de diciembre de ese mismo año, la Asamblea de Parlamentarios designó a una Comisión formada por representantes

¹ Este artículo se inscribe en el Proyecto del Plan Nacional I+D+I *Sociedad, Ideología y Poder Político en la Galicia Contemporánea*, BHA2003-07243.

de todas las fuerzas políticas que pasaría a la historia como la *Comisión de los 16*². El día 7 de abril de 1979 la Comisión, controlada por las fuerzas estatales pero que desarrolló sus trabajos con una evidente voluntad de consenso, finalizaba sus trabajos y dos días más tarde entregaba al presidente de la Xunta un texto que no sólo conceptuaba a Galicia como nacionalidad histórica, sino que utilizaba la expresión “poder gallego” para designar a los órganos fundamentales de la Comunidad Autónoma. El anteproyecto resultaba especialmente avanzado en aspectos como la regulación de la cooficialidad de gallego y castellano, el reconocimiento jurídico de la parroquia rural, el ayuntamiento y la comarca a costa de vaciar de contenido las Diputaciones, las amplias atribuciones reconocidas al Tribunal de Justicia, el reconocimiento de la iniciativa legislativa popular y la posibilidad de refrendo legislativo, etc.

El temor del aparato centrista a que detrás de la actitud integradora de Rosón con los galleguistas se escondiese un intento de fortalecer su propio liderazgo impidió que la Asamblea de Parlamentarios —a quien correspondía constitucionalmente la elaboración del proyecto y el impulso para su tramitación— asumiese como propio el documento de los *Dieciséis*. De este modo, el 5 de mayo, se nombró una comisión de nueve miembros encargada de convertir en proyecto de Estatuto dicho texto; seis de ellos pertenecían a Unión de Centro Democrático (UCD), dos al PSOE gallego (PS^{de}G-PSOE) y uno a Coalición Democrática (CD). Sus modificaciones apenas afectaron a aspectos substanciales y aquel se convirtió en proyecto una vez superado el trámite de su aprobación por unanimidad en la reunión de la Asamblea de Parlamentarios del 25 de junio de 1979.

Bien diferente sería su tramitación en las Cortes españolas. Una vez cumplidos los trámites y plazos reglamentarios se abrió el plazo de presentación de enmiendas, admitiéndose a discusión un total de 393. Seguidamente, el 25 de septiembre, quedaba constituida una comisión de 26 miembros (trece de la Comisión Constitucional y trece de la Asamblea de Parlamentarios), de los que 11 pertenecían a UCD, 7 al PSOE, 3 a CD y 1 al PCE, la minoría catalana, el PNV, el PSA y el Grupo Mixto. El informe elaborado por la misma —cuya discusión comenzaría a partir del 20 de noviembre en la Comisión Constitucional del Congreso— confirmaba los temores de los más pesimistas en cuanto a la intención del partido gobernante de iniciar con Galicia el recorte en las pretensiones autonómicas de los diferentes territorios. El nuevo texto fue aprobado gracias a la mayoría centrista en ambas instancias, rompiendo así la unanimidad hasta entonces vigente entre las diferentes fuerzas gallegas representadas en el proceso.

La opinión pública gallega, movilizada por los medios de comunicación y por un activo grupo de intelectuales y galleguistas históricos integrados en el colectivo *Realidade Galega* (Domingo García Sabell, Ramón Piñeiro, Marino Dónega, Isaac Díaz Pardo, Valentín Paz Andrade, Ánxel Fole, Álvaro Cunqueiro, Rafael Dieste, Antonio Fraguas, Chamoso Lamas, Fernández del Riego...), acusó al gobierno pre-autonómico de servilismo, consiguiendo paralizar su tramitación durante nueve meses. Ello condujo a la firma del denominado *Pacto del Hostal* de 29 de septiem-

² El desarrollo de sus sesiones puede seguirse en REIMÓNDEZ PORTELA, Manoel: *O Estatuto dos 16*, Vigo, Ed. Galaxia, 1979.

bre de 1980 por el que UCD, CD, *Partido Galeguista* (PG), PS^{de}G-PSOE, Partido Comunista de Galicia (PCG) y Partido Socialista de Galicia (PSG) sentaron las bases de un nuevo acuerdo que impulsase definitivamente el proceso autonómico³.

Con una serie de recortes pactados⁴, la ratificación en referéndum quedó fijada para el 21 de diciembre de ese mismo año. UCD, PSOE, CD, PCG, PG, USG-PSOE histórico, Partido Carlista de Galicia y Partido Comunista Unificado hicieron campaña por el “Sí”; defendieron el “No” la mayor parte de las fuerzas nacionalistas de izquierda: Bloque Nacional-Popular Galego (BN-PG) y PSG⁵, a los que se sumó el Movimiento Comunista de Galicia (MCG), la Liga Comunista Revolucionaria (LCR), el Partido Socialista de los Trabajadores (PST) y Fuerza Nueva; FE de las JONS se declaró partidaria de la abstención y el *Partido Obreiro Galego* (POG) se debatió entre el “No” y la abstención. Los resultados oficiales arrojaron un 72,73% de abstención; el 73,35% de los gallegos censados que se pronunciaron en las urnas lo hicieron a favor del Estatuto de Autonomía y el 19,77% en contra; los porcentajes de votos en blanco y nulos fueron, respectivamente, del 4,62% y el 2,25%, y sólo en tres de los trescientos doce municipios gallegos la participación superó la mitad del censo, mientras que en doce la abstención superó el 90%⁶. Éste era el panorama político que se abría ante la inminente campaña electoral.

³ Una síntesis de este proceso puede verse en JUANA, Jesús de y Julio PRADA: *El galleguismo: Historia y Textos. De los orígenes a la Declaración de Barcelona*, Ourense, Obradoiro de Historia de Galicia, 2002; PRADA RODRÍGUEZ, Julio: “Orígenes y gestión del proceso autonómico gallego”, en *Anales de Historia Contemporánea*, Murcia, 20, (2004), pp. 237-256. Vid., asimismo, VV.AA.: *A Autonomía Galega (1846-1981)*, Santiago, Consellería da Presidencia, 1986. Un análisis del discurso político en torno a la autonomía en CANCIO, Miguel: *El laberinto de las autonomías y las castas periféricas dominantes: Una introducción a la sociología electoral de Galicia*, Sada-A Coruña, Edición do Castro, 1982, pp. 15-73.

⁴ El nuevo proyecto, aprobado por la Asamblea de Parlamentarios de Galicia el 1 de octubre y publicado en el Boletín Oficial de las Cortes el 4 de noviembre tras la unanimidad mostrada por la Comisión Constitucional y la Delegación de la Asamblea de Parlamentarios, contemplaba importantes modificaciones respecto al texto original. Entre las más destacadas una notable disminución en el número de diputados, la consagración de la desproporción en la representación provincial, el límite del 3% del censo electoral para obtener representación en el Parlamento —que, dados los niveles medios de abstención, significa más del 5% de los votos válidos— y la conservación de las Diputaciones, sin perjuicio de la unión de sus presupuestos a los de la Xunta; asimismo, se eliminaba la controvertida disposición transitoria 3ª, que dejaba exclusivamente en manos de las Cortes Generales la delimitación de las competencias concurrentes negando a Galicia toda facultad de negociación.

⁵ Algunas reflexiones sobre el papel del nacionalismo de izquierdas en el proceso de transición pueden verse en ROMASANTA, A.: *El nacionalismo radical gallego en el ocaso de la dictadura y los inicios de la transición democrática (1974-1977)*, Madrid, UNED, 1991 (tesis de licenciatura inédita); DOMÍNGUEZ CASTRO, Luís y Xosé Ramón QUINTANA GARRIDO: “Nacionalismo radical, transición y proceso autonómico en Galicia (1975-1980)”, en *Actas del Congreso Internacional Historia de la transición y consolidación democrática (1975-1986)*, Vol. I, Madrid, UNED-UAM, 1995, pp. 457-473; de los mismos autores “El movimiento Nacional-Popular Gallego ante el cambio político: Ideología, estrategia y estructuras de oportunidad política (1971-1977)”, comunicación presentada al *Seminario Histórico “La transición española”*, Vitoria, julio 1996, pr. ms. Vid., asimismo, SOTO, Luís: *Castelao, a UPG e outras historias*, Vigo, Edicións Xerais de Galicia, 1983.

⁶ Los elevados porcentajes de abstención registrados en Galicia y las fluctuaciones que se observan según la naturaleza de las elecciones constituyen uno de los aspectos más debatidos por politólogos y soció-

2. Los difíciles comienzos. Las primeras elecciones autonómicas

La intensa agitación política que se vivía en aquellos momentos, condicionó claramente las semanas que precedieron a las primeras elecciones autonómicas⁷. No en vano eran los primeros comicios celebrados después del frustrado intento de golpe de Estado del 23-F y, por tanto, la primera ocasión para calibrar su influencia en el comportamiento político de los españoles. Asimismo, constituían una prueba de fuego para medir el grado de desgaste de la UCD, que difícilmente podría evitar unas elecciones anticipadas con una minoría parlamentaria enfrentada y unos gobiernos periféricos en manos de la oposición (Cataluña, País Vasco y, como ya se intuía, Andalucía). Estaba en juego, finalmente, la continuidad o no de la línea ascendente de las fuerzas nacionalistas periféricas y sus perspectivas futuras de mayor o menor influencia en la gobernación del Estado una vez que, ya en plena campaña, la LOAPA es aprobada en el Parlamento con la abstención, entre otros, de J. L. Meilán Gil, fundador del Partido Gallego Independiente (PGI) y uno de los barones del partido en el gobierno.

En el mes de agosto, el gobierno de Calvo Sotelo había sorprendido a propios y extraños con el nombramiento como delegado del Gobierno del histórico galleguista y presidente de la Academia Gallega Domingo García-Sabell, a quien varias formaciones se habían disputado como cabecera de cartel. Todo parece indicar que fueron las propias tensiones internas en el seno de la coalición gobernante las que precipitaron la decisión. Los elevados porcentajes de abstención en el referéndum del Estatuto y el deterioro político ocasionado por la gestión del órgano de gobierno preautonómico obligaron a Madrid a implicarse más directamente en la política gallega. Este habría sido el objetivo del fallido “lanzamiento” de José María Suárez

logos. Dejando de lado aquellas explicaciones que reducen la cuestión a simples condicionamientos de índole orográfica, climatológica o de dispersión poblacional, determinadas corrientes de opinión aluden a la falta de “tradición” o de “cultura” política del pueblo gallego —tesis no demasiado satisfactoria si la comparación se establece con otros territorios del Estado español—, cuyo retraimiento electoral no es sino una manifestación más del subdesarrollo que padece en otros ámbitos. Tampoco se han revelado del todo acertadas las tesis de quienes querían ver en el tradicional abstencionismo un indicio de rebeldía frente a las estructuras caciquiles tradicionales que podía ser aprovechado por alternativas rupturistas como potencial de movilización. Desde el polo opuesto, otros entienden que la abstención no es más que una muestra de desconfianza hacia el sistema —y no propiamente una censura— que refleja la aceptación sumisa de aquello que es considerado como inevitable e imposible de modificar. Otros, en fin, subrayan que en el medio rural la comunidad política que trasciende los límites de la parroquia es algo abstracto que no se percibe si no en relación a una persona concreta, lo que explicaría, por ejemplo, que los índices de participación más elevados se registren en las elecciones locales.

⁷ Una primera aproximación al proceso electoral y al inicial subsistema de partidos políticos en Galicia puede verse en RIVAS, M. y TAIBO, X. I.: *Os partidos políticos na Galiza*, A Coruña, Edicións do Ruedo, 1977; GONZÁLEZ ENCINAR, José Juan: *Galicia. Sistema de Partidos y comportamiento electoral, 1976-1981*, Madrid, Ed. Akal, 1982; más recientemente SEQUEIROS, José Luis: *O muro fendido. Cambio social e comportamento político en Galicia*, Vigo, Edicións Xerais de Galicia, 1993; y LÓPEZ MIRA, Álvaro Xosé: *Territorio e Democracia. Un modelo de participación democrática para Galicia, nacionalidade histórica*, Sada-A Coruña, Edicións do Castro, 1996.

Núñez, rector de la Universidad de Santiago, como candidato a la presidencia de la Xunta y de la elección de García-Sabell, destinados a conducir un proceso no precisamente prestigiado. El descontento de parte del aparato de UCD-G por su marginación en la operación y las reservas con que eran vistas las intenciones de Calvo Sotelo de abrir el partido a independientes de reconocido prestigio se pusieron en evidencia con la ausencia de J. Quiroga en el acto de toma de posesión del nuevo delegado.

Lo que debiera haber sido saludado como un triunfo por los sectores galleguistas no fue sino la escenificación de su definitiva fractura interna. En el Congreso de Poio, celebrado a principios del mes de junio, los dirigentes del PG, tras romper sus vínculos con el POG, solicitaron formalmente a los *galleguistas históricos* que ingresasen en el partido a fin de fortalecerlo con vistas a la futura consulta electoral. El grupo comandado por Ramón Piñeiro ratificó su trayectoria independiente y la necesidad de continuar fortaleciendo la presencia de sensibilidades galleguistas en el seno de las distintas formaciones sin adscribirse formalmente a ninguna. Poco después los “independientes” rechazaban presentarse como colectivo a los comicios, lo cual benefició al PS^{de}G-PSOE, que consiguió atraer a Benjamín Casal, Carlos Casares, Alfredo Conde y el propio Piñeiro. Alianza Popular (AP) incorporó a Xerardo Fernández Albor, miembro del colectivo *Realidade Galega*, cuya inexperiencia política se esperaba salvar con el apoyo de hombres de probada solvencia como J. M. Romay Beccaría y X. L. Barreiro Rivas⁸.

Respecto al partido gobernante, las disputas surgidas en torno a la designación de su candidato a la Xunta pusieron en evidencia su ausencia de cohesión interna y las dificultades para soldar una fuerza política tan dependiente de sus *barones*. J. M^a Suárez Núñez contaba con el respaldo del presidente del Gobierno, de Pío Cabanillas y de la mayoría de los comités provinciales de Pontevedra y Lugo, mientras que Ourense y A Coruña se inclinaban por el entonces presidente del órgano preautonómico J. Quiroga Suárez. A principios de agosto, el comité regional del partido nominó a este último certificando así la fortaleza de la coyuntural entente entre Meilán Gil y E. Gómez Franqueira, el barón ourensano de UCD⁹.

Los conservadores focalizaron su campaña en la figura de su candidato y en la de Fraga, potenciando la imagen de un partido “gallego”, dirigido por un hombre de Galicia capaz de llevar su mensaje en maratónicas jornadas a todos los rincones de su geografía. También el Ps^{de}G-PSOE apostó por la personalidad de Francisco Vázquez, aunque el “desembarco” de sus líderes nacionales le restó protagonismo. Las

⁸ Referencia obligada al proceso de gestación de AP en Galicia es LAGARES DÍEZ, Nieves: *Génesis y desarrollo del Partido Popular de Galicia*, Madrid., Ed. Tecnos, 1999. También los fondos de las Subdelegaciones del Gobierno resultan imprescindibles para reconstruir a nivel local el proceso de creación de comités (vid., por ejemplo, Archivo del Gobierno Civil de Ourense –AGCO–, Carpeta “Reuniones y Manifestaciones”. Sin catalogación).

⁹ Sobre su figura vid. JUANA, Jesús de: “Eulogio Gómez Franqueira (1917-1988)”, en TORRES, E.: *Los 100 Empresarios Españoles del siglo XX*, Madrid, LID Ed., pp. 472-478; PRADA, Julio: “El proyecto empresarial y político de Eulogio Gómez Franqueira: una aproximación”, en *Actas del Congreso “Galegos de Ourense”*, en prensa.

restantes fuerzas oscilaron entre la potenciación del carisma de sus dirigentes y la mayor importancia del “mensaje”, sabedoras todas de que su protagonismo político dependería no sólo de sus propios resultados sino del equilibrio de fuerzas entre las tres principales formaciones.

Únicamente seis de las dieciséis candidaturas que concurren a las urnas el 20 de octubre de 1981 obtuvieron representación parlamentaria. AP fue la gran vencedora, doblando los votos conseguidos en las generales de 1979 y situándose, con 26 escaños, como primera fuerza política del país. UCD, la principal derrotada, obtenía 24 escaños, hundiéndose espectacularmente en las provincias de la costa, precisamente allí donde más débiles eran sus bases de poder heredadas de antaño. La izquierda estatal obtenía unos resultados modestos: el PCE, a pesar del escaño obtenido por Anxo Guerreiro, caía en picado, mientras el PSOE, con 16 actas, registraba un pequeño ascenso —fundamentalmente en A Coruña— pero se mostraba incapaz de capitalizar en su favor los sufragios perdidos por los centristas. Los apoyos obtenidos por los grupos nacionalistas eran ciertamente pobres, y, a diferencia de lo ocurrido en las otras dos nacionalidades históricas, sólo los de signo izquierdista conseguían representación. La abstención se redujo en casi diecinueve puntos respecto al referéndum autonómico, situándose en el 53,88% en el conjunto de Galicia.

La dinámica política estatal y los propios resultados electorales parecían certificar el triunfo de la ansiada “mayoría natural” que Fraga llevaba tiempo predicando, bien fuese bajo la fórmula de un ejecutivo de coalición bien mediante un pacto de legislatura que dejase a AP la responsabilidad de gobernar en solitario. Esta posibilidad no era vista con buenos ojos por los sectores suarista y socialdemócrata de UCD, conscientes de que la nave centrista escoraría hacia la derecha, quizá de modo definitivo. La desafección de Fernández Ordóñez pareció despejar el camino, pero tras la remodelación en la jefatura del partido y la exclusión de los demócrata-cristianos defensores del pacto con AP en el nuevo gobierno, UCD volvió a marcar distancias con la derecha. Una parte de la organización gallega tampoco era partidaria de llegar a ningún tipo de acuerdo, no sólo por la antipatía que el político de Villalba despertaba en algunos dirigentes provinciales, sino también porque eran conscientes de que a medio plazo ello significaba su reducción a la condición de partido bisagra. En consecuencia, Fernández Albor hubo de conformarse con un gobierno monocolor sin pacto previo alguno que garantizase la gobernabilidad del país ante el complejo proceso de creación de un aparato político institucional que debía ponerse en marcha¹⁰.

Los resultados de las elecciones legislativas de octubre de 1982 provocaron nuevos movimientos políticos de envergadura. El fracaso electoral del nacionalismo, las tensiones internas en el seno de la UPG, el peligro de involución que representaba la actividad golpista y la hegemonía que en el campo de la izquierda ostentaba el PSOE gallego determinaron la aparición, a finales de año, del *Bloque Nacionalista Galego* (BNG). La nueva formación frentista recogía la herencia del BN-PG y

¹⁰ Sobre la articulación del sistema político-institucional gallego vid. VILAS NOGUEIRA, Xosé et al.: *O sistema político galego. As institucións*, Vigo, Edicións Xerais de Galicia, 1994.

aspiraba a atraer a antiguos depurados, militantes del PSG y elementos dispersos del nacionalismo, entre los que destacó X. M. Beiras Torrado. Su objetivo sólo pudo verse cumplido parcialmente: formalizaron su ingreso el *Partido Comunista de Liberación Nacional*, el *Colectivo Socialista* y un sector del PSG escindido del partido después del congreso de 1983, pero otra fracción de este último se integraba un año más tarde con EG en el nuevo PSG-EG, frustrando la unión del nacionalismo de izquierdas bajo unas mismas siglas¹¹.

Todavía mayor fue el terremoto desatado en las filas centristas. De poco les valió a E. Marfany Oanes —que, con el apoyo de P. Cabanillas, había desplazado a Meilán de la dirección de la UCD coruñesa— y Gómez Franqueira su ascenso en la ejecutiva nacional del partido tras el congreso de diciembre de 1982. A finales de ese mismo mes A. Rosón abandonaba el *donut* ucedeo y anunciaba su intención de impulsar una convergencia galleguista; el propio Franqueira no tardará en secundarlo: en febrero del año siguiente crea *Centristas de Orense* (C^{de}O) y se pronuncia por la formación de un partido nacionalista de centro aprovechando la estructura organizativa de UCD. El PG no tarda en acudir al quite con su nuevo secretario general, X. E. Rodríguez Peña, a la cabeza; y también M. Roca y su *Operación Reformista* ofrecen su paraguas con vistas a operaciones de mayor envergadura. El 18 de marzo de 1983, justo a tiempo para afrontar las elecciones locales del mes de mayo, nacía *Coalición Galega* (CG), que, además de C^{de}O y del PG, atrajo al Partido Liberal de Galicia, Independientes y la Convergencia de Independientes de Galicia¹².

En cambio, los sectores más conservadores del partido optan por tender puentes hacia la formación que lidera Fraga. Fue el caso de los hombres de Marfany, que se integraron en el *Partido Demócrata Popular* (PDP) para asegurar el control de la Diputación coruñesa. Y lo mismo hicieron la docena de diputados que el 3 de marzo llegaron al acuerdo de estabilizar al ejecutivo gallego a cambio de la entrada de tres centristas independientes en el gobierno (V. M. Vázquez Portomeñe, J. Suárez Vence Santiso y J. C. Mella Villar).

A pesar de los excelentes resultados electorales cosechados en las generales de octubre de 1982 por el PSOE —o quizás precisamente por ellos—, su organización galaica no parecía capaz de rentabilizar su crecimiento electoral. Certificando su escaso peso en Madrid, sólo un hombre, F. González Laxe, consiguió hacerse con una Dirección General, pero supo mantener abiertos los puentes tendidos al galleguismo con la confirmación en su cargo de García Sabell. A su izquierda, el PCG intentaba mantener a duras penas su unidad y lo mismo ocurría en el seno del nacionalismo: cuando los diputados del *Bloque*-PSG se negaron a prestar el juramento de

¹¹ Referencias bibliográficas obligadas sobre el nacionalismo en BERAMENDI, Justo G.: “Bibliografía (1939-1983) sobre nacionalismos y regionalismos en la España contemporánea”, en *Estudios de Historia Social*, 28-29, (1994), pp. 491-515. Vid., asimismo, BERAMENDI, Xusto G. y Xosé Manoel NÚÑEZ SEIXAS: *O nacionalismo galego*, Vigo, Ed. A Nosa Terra, 1995.

¹² Realizamos una primera aproximación a este proceso en JUANA, Jesús de, PRADA Julio y SOUTELO, Raúl: *Transición y élites políticas. El nacimiento de Coalición Galega en Ourense*, en *Actas del Congreso Internacional Historia de la transición...*, *Op. cit.*, pp. 475-495.

fidelidad a la Constitución fueron expulsados de la Cámara autonómica, y poco después el PSG anunciaba la ruptura de los pactos con el BN-PG.

3. La crisis permanente: del segundo gobierno Albor a la formación del tripartito

Las municipales del mes de mayo de 1983 parecieron consolidar el tripartidismo en la política gallega, sólo que esta vez con un partido de centro regionalista/nacionalista como árbitro de la situación. CG obtuvo en conjunto el 10,27% de los sufragios, pero su implantación territorial quedó circunscrita a Ourense y Lugo (37,04% y 26,7%, respectivamente) sin que en las provincias costeras rozase siquiera al 2% del censo de votantes. De extrapolarse aquellos resultados a unas autonómicas, los “coagas” se harían con 10 escaños, lo que obligaba al centro-derecha a pactar para evitar el fraccionamiento del voto con vistas a las autonómicas del 24 de noviembre de 1985: el 1 de octubre se presentaba en Santiago la *Coalición Popular* (CP), formada por AP, el PDP de E. Marfany, el PL de J. M. Páramo Neyra y *Centristas de Galicia* (C^{de}G), nacido de una escisión de CG comandada por V. Núñez Rodríguez, presidente de la Diputación de Ourense, que consiguió llevarse con él a la mitad de los alcaldes de la provincia cuando ya Franqueira se encontraba sumido en una grave enfermedad de la que no lograría recuperarse. La operación, cuya paternidad muchos atribuían a Pío Cabanillas y otros a una simple conjunción de intereses, sólo podía beneficiar al propio Fraga: tras la abortada operación para presentar a Víctor Moro, por entonces subdirector general del Banco de España en Barcelona, como candidato a la Xunta, los “coagas” hubieron de buscarle apresuradamente un sustituto para enfrentarse a Albor, encontrándolo en P. González Mariñas.

La izquierda no presentaba un panorama mucho más halagüeño. El PS^{de}G-PSOE sólo había conseguido soldar sus diferencias internas con la elección de una ejecutiva de síntesis en el congreso celebrado en Ourense, pero éstas reaparecieron al no ocultar el alcalde de Vigo, M. Soto, sus aspiraciones como presidenciable frente al candidato de la ejecutiva gallega, González Laxe. El PCG simplemente estaba al borde de la fractura como consecuencia del traslado a Galicia del enfrentamiento entre “carrillistas” y “gerardistas”, dilapidando así sus escasos réditos electorales. Finalmente, el nacionalismo de izquierdas perseveraba en la desunión, eso sí, tras una nueva redefinición de alianzas: el BNG por un lado, y el PSG y EG por otro, con X. M. Beiras y C. Nogueira como aspirantes respectivos al Pazo de Raxoi.

Los de Fraga consiguieron elevar notablemente su techo electoral quedando, con 34 escaños, a dos de la mayoría absoluta; los socialistas, con 22 actas, también incrementaban sus apoyos, aunque perdían más de 90.000 sufragios con relación a las generales de octubre. Mientras, CG, con 11 escaños muy desigualmente repartidos, se convertía en la gran revelación, con lo que la alternativa de reconstrucción periférica del centro-derecha español en oposición al PSOE y a AP imaginada por Roca y Garrigues parecía abrirse camino. El *Bloque* pagaba cara su expulsión del Parlamento, viendo reducidos a uno sus anteriores tres escaños; justo al contrario del recién estrenado PSG-EG, que obtenía un total de tres actas rentabilizando al

máximo el trabajo en solitario desarrollado por C. Nogueira durante la legislatura anterior.

De nuevo, la búsqueda de una mayoría estable se convirtió en un calvario para Albor y los suyos. Casi desde la misma noche electoral comenzó a barajarse la posibilidad de formar un gobierno de progreso alternativo al de los conservadores, pero las disensiones internas y las rivalidades entre las fuerzas implicadas frustraron los primeros escauceos. En los casi tres meses que transcurren desde las elecciones de noviembre hasta el 21 de febrero de 1986 en que es investido Fernández Albor, los “coagas” son repetidamente tentados por unos y otros. Finalmente, para evitar una nueva escisión interna entre los partidarios de un gobierno de progreso y quienes preferían el acuerdo con los conservadores, CG se abstuvo permitiendo la investidura del candidato de la CP. Pero sus disputas intestinas no tardarían en pasarles factura.

Las elecciones generales del mes de junio del 86 certificaron la defunción del tripartidismo al otorgar a la CP y al PSOE 24 de los 27 escaños en juego, mientras el CDS de Suárez obtenía dos y CG perdía más de la mitad de sus apoyos, consiguiendo una solitaria acta en su feudo ourensano. Un mes más tarde, Díaz Fuentes dimite de la presidencia del partido, provocando una remodelación interna que apartó a los progresistas de la cúpula del poder. A finales de agosto se produce la ruptura definitiva: el sector progresista se llevó consigo a cinco diputados y a un pequeño grupo de seguidores, mientras los conservadores mantenían el apoyo de la mayoría de la militancia y de otros seis parlamentarios. En enero de 1987 los primeros fundan el *Partido Nacionalista Galego* (PNG), que poco después entrará en conversaciones con los restos del histórico PG a fin de concurrir coaligados a las autonómicas de diciembre de 1989. Los resistentes de CG se comprometieron entonces a prestar estabilidad al gobierno de Albor en un oscuro pacto que, sin embargo, no tardaría en quebrarse.

De no menor magnitud fue el terremoto experimentado en las filas de la CP a nivel nacional: desafección de Alzaga y posterior ruptura de los pactos con el PDP, destitución de J. Verstrynge... Pero por lo que a Galicia se refiere, lo peor aún estaba por llegar: el intento de golpe de estado de X. L. Barreiro, vicepresidente de la Xunta, contra su propio jefe de filas. Aquel, que no comprendía la indolencia del presidente ante los múltiples problemas abiertos, parecía contar con el apoyo de gran parte del grupo parlamentario y del gobierno autonómico, e incluso el propio Fraga lo tenía señalado como sucesor de Albor. Pero Barreiro quiso apurar los tiempos y, en el otoño de 1986, pone en marcha una operación para descabalar al médico compostelano de la Presidencia que cuenta con la bendición del PDP y de F. Cacharro, el barón provincial lucense de AP. El 30 de octubre, ante su negativa a dimitir, es el gobierno en pleno quien presenta su dimisión, aunque finalmente sólo se haría efectivo el cese de Barreiro —sustituido en la vicepresidencia por M. Rajoy Brey— y de otros tres consejeros cuando Fraga se decide por apoyar al presidente de la Xunta, envía a Romay a poner orden y los restantes implicados prefieren aferrarse a sus carteras. Poco después, el 1 de diciembre, tras el varapalo de las elecciones vascas, el presidente nacional presentaba su renuncia irrevocable al frente del partido para ser sustituido por A. Hernández Mancha.

La esperpéntica situación se mantuvo en Galicia hasta el mes de junio del año siguiente en que Barreiro anunció su salida del partido con otros cuatro diputados¹³. En medio de la crisis se celebraron los comicios europeos y municipales de junio del 87: los “populares” superaron los 455.000 sufragios frente a los 357.000 de socialistas y 147.000 de la *Coalición Progresista Galega* (CPG), formada por CG, el PDP y el PL en el mes de abril; los dirigentes de estas dos fuerzas estatales coaligadas, empeñados en mantener sus siglas perseverando en la división, frustraron las expectativas de que la CPG se constituyese como partido político, lo que atrajo hacia los “coagas” a militantes de una y otra. Parecía que el nacionalismo moderado estaba a punto de renacer de sus cenizas cuando Fraga comenzó a postularse como candidato a la Xunta en las futuras autonómicas. El anuncio tuvo el efecto de frenar la desbandada del partido y obligó a Barreiro a buscar acomodo para intentar conseguir la articulación de toda la derecha gallega bajo la bandera del autonomismo. Tras fundar la efímera *Unión Demócrata Galega*, el de Forcarei desembarca en CG e inicia un ascenso a la cúpula del partido que resultó casi tan meteórico como las conversaciones que fructificaron en el *Pacto de los Tilos*, preludio de la moción de censura del mes de septiembre que llevó a la presidencia de la Xunta al socialista F. González Laxe gracias a los votos de CG, el PNG y los ex-aliancistas de Barreiro. El reparto de cargos institucionales devolvió a este último a la vicepresidencia de la Xunta, pero poco después hubo de enfrentarse a una acusación por prevaricación y cohecho que culminó con su dimisión a finales del mes de julio siguiente.

El gobierno tripartito no consiguió transmitir a la ciudadanía un proyecto ilusionante a pesar de contar con algunas realizaciones en su haber. El único que, al término de la legislatura, podía sentirse relativamente satisfecho era el PS^{de}G-PSOE, que no sólo había adquirido una importante experiencia de gestión sino que veía como sus compañeros de viaje se desangraban víctima de las divisiones internas y de las maniobras de los conservadores. De hecho, los dos procesos electorales que se vivieron antes de las autonómicas de diciembre de 1989 (europeas de julio y generales de octubre) constituyeron un aviso en toda regla de por donde podían ocurrir las cosas: el bipartidismo se acentuaba como consecuencia de la profunda crisis “coaga”; el refundado Partido Popular (PP) era el principal beneficiado del desgaste socialista y de la sangría interna de CG; y los nacionalistas de izquierda seguían mostrándose incapaces de aparcarse sus rivalidades internas para presentar una alternativa creíble a los ojos del electorado.

Tras imponer la “sucesión ordenada” y el “giro hacia el centro” en el congreso del mes de enero de 1989, Fraga pudo por fin concentrarse en su “desembarco” en Galicia aprovechando su retiro veraniego para recorrer de cabo a rabo su geografía y ampliar contactos con el todavía disperso centro-derecha¹⁴. Los socialistas trata-

¹³ Sobre la trayectoria política de X. L. Barreiro puede verse CORA, Xosé de: *Barreiro contra Barreiro*, Edicións Vigo, Xerais de Galicia, 1990; vid., asimismo, *Conversas de Xosé Luis Barreiro Rivas con Xosé M. Rivas Troitiño*, Santiago, Ed. Sept, 1983.

¹⁴ El proceso de “refundación” de AP puede seguirse en la crónica de BAÓN, Rogelio: *Historia del Partido Popular. Del Franquismo a la Refundación*, Madrid, coedición del autor-Safel de Ibersaf Editores, 2001, pp. 833 y ss.

ron de capitalizar las realizaciones del tripartito y prometieron millonarias inversiones desde el gobierno central, mientras los nacionalistas de izquierda, especialmente el BNG, convertían a sus presidenciables en el principal eje de la campaña; Barreiro, momentáneamente rehabilitado por los tribunales, desechó la cómoda opción de presentarse por Ourense o Lugo, donde el escaño para CG estaba asegurado, y prefirió dar la cara como número uno por Pontevedra en su particular travesía del desierto, mientras González Mariñas trababa de reafirmar su pedigree nacionalista frente a los “coagas”.

El nuevo mapa político resultante de los comicios autonómicos del 17 de diciembre de 1989 redujo a cinco el número de fuerzas con representación en el Parlamento, desapareciendo de la escena destacadas figuras que habían desempeñado un relevante papel en los años anteriores; entre ellas X. L. Barreiro —que abandonó la secretaría general de CG—, J. Suárez Vence y P. González Mariñas, ninguno de los cuales pudo revalidar su escaño. El PP, con más de 581.000 sufragios, superaba su propio techo electoral y conseguía los 38 escaños necesarios para gobernar en solitario; el PS^{de}G-PSOE se situó a más de 150.000 votos y a 10 escaños de los “populares”, y aunque incrementaba en seis actas su anterior representación quedaba lejos de sus mejores resultados, reservados para las generales. CG se hundía espectacularmente, perdiendo 9 de sus 11 escaños anteriores y más de 114.000 votos; justo lo contrario del BNG, que multiplicó por dos sus apoyos electorales, superando los 105.000 sufragios y pasando de una a cinco actas. El PSG-EG, a pesar del importante trabajo desarrollado por sus diputados en la Cámara autonómica, obtuvo solamente dos escaños, uno menos que en 1985. PNG, *Esquerda Unida* (EU) y el CDS quedaron fuera del Parlamento autónomo.

Respecto a las generales de octubre, podía hablarse con claridad de dos grandes corrientes de redistribución del voto: las pérdidas netas del CDS se correspondieron, en gran parte, con el crecimiento del PP, que también creció algo a costa de CG, mientras que los 55.000 votos ganados por el BNG se correspondían con los perdidos por PSOE y EU, atrayendo también a algunos votantes tradicionales del PSG-EG. Desde otro punto de vista, los electores gallegos parecían haber optado por enterrar definitivamente el tripartidismo, inclinándose claramente por una de las dos fuerzas estatales enfrentadas: PP y PS^{de}G-PSOE sumaban en conjunto más de un millón de votos, mientras las tres fuerzas nacionalistas, justamente en el tipo de convocatoria que le era más propicio, superaban escasamente los 200.000 sufragios.

4. La pax fraguiana

Tras su toma de posesión, M. Fraga se impuso como tarea la consolidación de su propia base electoral iniciando una política de gestos y concesiones hacia el galleguismo que buscaba atraer hacia el PP^{de}G al regionalismo centrista y cercenar la posibilidad de reaparición de un nacionalismo moderado como el que intentara encarnar CG. En su discurso de investidura, por ejemplo, acuñó el concepto de “autoidentificación” para subrayar su voluntad autonomista y defensa de la identidad de Galicia; según Fraga, el Estatuto era el marco de referencia para vertebrar la

organización política, social y económica del país, rechazando explícitamente la autodeterminación, pero sin renunciar al pleno desarrollo de los principios constitucionales ni a la ampliación del techo estatutario cuando las circunstancias lo hiciesen necesario. Sus propuestas de implantación de la Administración Única y de reforma del Senado para convertirlo en una auténtica Cámara de representación territorial encontraron más eco en los partidos nacionalistas periféricos que en la dirección de su propio partido y en un PSOE en franco retroceso electoral. Al mismo tiempo, su indiscutible liderazgo coadyuvó a poner fin a las tendencias centrifugas anteriores, reduciéndose notablemente el baile de siglas y el transfuguismo, más en el ámbito autonómico que en el provincial y local.

Algo parecido ocurrió en el seno del nacionalismo de izquierdas: la elevación del porcentaje de votos mínimo para obtener representación parlamentaria hasta el 5%, por decisión unilateral de la mayoría “popular”, y la adopción por parte del BNG de un discurso mucho más moderado fueron determinantes para que éste último se convirtiera en el puerto en que acabaron recalando las huestes antes dispersas. La apertura del *Bloque* hacia sectores nacionalistas no marxistas —ejemplificada en la integración en su seno del PNG— y la apuesta por el galleguismo realizada por el PP^{deG} bloquearon la posibilidad de consolidación de una fuerza nacionalista de centro que había dilapidado su gran oportunidad histórica víctima de personalismos, errores estratégicos y zancadillas de unos y otros. Por su parte, el PS^{deG}-PSOE entraba en un proceso de declive todavía más profundo que el de su organización estatal, encajonado entre un PP en ascenso y un BNG cuya subida se revelará indefectiblemente paralela a la pérdida de apoyos de los socialistas. Mientras, los “populares” conseguían mantener durante tres lustros un cómodo colchón electoral que les garantizaba, convocatoria tras convocatoria, renovar la mayoría absoluta, sin apenas afectarle el desgaste de tantos años de gobierno: los grandes desplazamientos del voto se producían entre sus rivales, sin que la pérdida de un escaño en cada convocatoria electoral desde su techo en las autonómicas del año 93 preocupase seriamente en sus filas.

No obstante, la *pax política* impuesta por Fraga no impidió que en la Galicia de los años noventa se produjesen algunos terremotos políticos de cierta intensidad. Las municipales del 26 de mayo de 1991¹⁵ parecieron apuntalar el bipartidismo, pero también permitieron que el *Bloque* ampliase sus apoyos urbanos consolidando los resultados del 89 y premiando así el *aggiornamento* abanderado por su más carismático líder, X. M. Beiras. El PNG de Rodríguez Peña, que presentó listas comunes con el Bloque, anunció de inmediato su buena disposición para dotar de estructura orgánica al acuerdo electoral, integrándose en la formación frentista. El CDS, *Esquerda Unida* (EU) y el PSG-EG obtuvieron unos pésimos resultados, lo que iba a provocar nuevos movimientos políticos en el seno de estas formaciones, aunque no de la intensidad y la entidad de los que caracterizaran a etapas pasadas. El más sonado, la dimisión de C. Nogueira, que, en teoría, despejaba el camino para la futura unidad del nacionalismo de izquierda.

¹⁵ La crónica de estos comicios puede seguirse en RUBIDO, Bieito y TORRE, Rafael L.: *Elecciones municipales (Mayo 1991)*, A Coruña, La Voz de Galicia, 1991.

Con todo, lo más significativo de los meses previos a la celebración de dichos comicios fue el repliegue táctico de C^{de}G, cuyo máximo dirigente, Victorino Núñez, se embarcó con Aniceto Núñez (Pontevedra) y Cándido Sánchez Castiñeiras (Lugo) en el enésimo proyecto del nacionalismo centrista: la *Converxencia Nacionalista de Galicia* (CNG), que, además de CG, consiguió integrar en Ourense al CDS. La reaparición de Víctor Moro parecía anunciar la futura fusión de C^{de}G y CG, pero se prefirió aplazar el acuerdo definitivo hasta celebrarse los comicios por el temor a que el PP pudiera captar a algunos de los alcaldes que todavía seguían nominalmente fieles a las siglas nacionalistas. La CNG se convirtió en la tercera fuerza más votada en el conjunto de Galicia, pero los malos resultados de A Coruña y Pontevedra, el temor a una revuelta interna y la posibilidad de perder el control de la Diputación de Ourense, donde los “populares” contaban con un diputado más que los nacionalistas, hicieron recular a C^{de}G. V. Núñez, que con sus cuatro diputados tenía la llave de la gobernabilidad de Galicia, decidió no apostar por la penúltima posibilidad de reconstruir el centro nacionalista y acabó entregándose al PP tras el Congreso Extraordinario de diciembre del 91; su aceptación de la presidencia del Parlamento permitió consolidarse en el ente provincial ourensano al que fuera su “delfín”, José Luis Baltar Pumar, convertido en uno de los principales abanderados de la unidad.

Las generales de junio de 1993 reforzaron estas tendencias¹⁶. Los “resistentes” del PSG-EG, nuevamente encabezados por C. Nogueira, hicieron un último amago concurriendo a los comicios como *Unidade Galega* (UG) en coalición con EU, dejando que el BNG reclamase para sí la bandera del nacionalismo de izquierda; el de centro pretendió monopolizarlo la CNG, que ni siquiera llegó a los 4.500 votos. Y, como cabía esperar, el fracaso fue sonado para todos ellos, en especial para los coaligados, ya que el *Bloque* al menos casi triplicó sus votos: con 15 y 11 escaños, respectivamente, PP y PSOE se repartieron la representación popular de Galicia en la carrera de San Jerónimo, por cierto menguada en un escaño al perder Ourense su quinto diputado producto de la caída demográfica. Las autonómicas del mes de octubre simplificaron considerablemente el panorama político y marcaron la consolidación de las grandes tendencias apuntadas: el PP obtuvo, con 43 escaños, su mejor resultado electoral, el PS^{de}G-PSOE se hundía hasta los 19 y el BNG ascendía espectacularmente hasta lograr 13 actas, resultados que consolidaría en las generales de 1996 al conseguir dos asientos en el Palacio de las Cortes.

Las elecciones autonómicas de octubre de 1997 supusieron el mayor revés de su historia reciente para los socialistas gallegos, que habían concurrido a la cita con las urnas coaligados con EU y *Os Verdes*; sus menguados 15 escaños contrastaban con los 18 obtenidos por el BNG —casi 400.000 sufragios—, que lo consolidaban como segunda fuerza política con más de 85.000 votos de ventaja sobre el ex-ministro Abel Caballero. Los “populares”, que un año antes se aproximaron a los 800.000 sufragios, perdían unos 2.500 y un escaño respecto a 1993; la solidez de la nueva

¹⁶ El proceso electoral, narrado en clave periodística, en COCHO, Federico y VILLAMOR, Luis: *Cara a cara. Las elecciones generales de 1993*, Coruña, La Voz de Galicia, 1993.

mayoría obtenida por Fraga y la aparente “calma” política parecían crear las condiciones objetivas necesarias para comenzar a preparar la sucesión de quien por entonces frisaba los 75 años.

5. La lucha por la sucesión y el reparto del caudal hereditario

En el verano de 1998 el consejero de Política Territorial y secretario regional del PP^{de}G, Xosé Cuíña Crespo, creyó llegado el momento de escenificar su poderío relegando a posiciones secundarias en el congreso de los populares gallegos a los por entonces ministros Rajoy y Romay; confiado en la fortaleza del tridente que lideraba con los presidentes de las Diputaciones de Lugo y Ourense, F. Cacharro y J. L. Baltar —los de la *boina*, que controlaban a la mayoría de los alcaldes de la Galicia rural, el gran vivero de votos del partido—, se postulaba públicamente como el heredero de Fraga. La dirección del partido tomaría buena nota del desplante.

Las municipales de junio de 1999, a pesar de la ligera caída de votos experimentada, permitieron mantener al PP su cómoda mayoría en las cuatro Diputaciones, pero el voto urbano se decantó mayoritariamente, con excepción de Ourense, a favor de nacionalistas y socialistas. Ese mismo verano, Romay instigó un golpe unilateral que pretendía colocar a su compañero de gabinete, Mariano Rajoy, en cabeza de la sucesión, pero éste negó cualquier complicidad en el asunto. La operación costó a ambos contendientes, Romay y Cuíña, sus respectivas secretarías provinciales, y Cacharro Pardo fue también descabalgado de la de Lugo con el pretexto de la renovación que desde Madrid abanderaba Javier Arenas; sólo J. L. Baltar, tras renunciar a su escaño en el Senado, pudo resistir el asalto a aquellas baronías que antaño eran capaces de mover a distancia la silla de cualquier consejero. El de Lalín perdió, además, la secretaría general, que fue parar a manos de Xesús C. Palmou Lorenzo. Éste último, consagraría gran parte de sus esfuerzos a minar todavía más las bases de poder de los barones territoriales para facilitar el tránsito a la era post-Fraga, pero el de Villalba no tendría más remedio que repetir nuevamente como cabeza de cartel electoral cara el 2001.

Antes, las generales del 2000 ratificaron la pérdida de votos del PS^{de}G-PSOE, que obtuvo únicamente 6 de los 25 escaños en juego, cediendo dos al PP y uno al BNG respecto a las anteriores. La tendencia se invertiría, finalmente, en las autonómicas del 21 de octubre de 2001, donde los socialistas consiguieron recuperar dos de las actas perdidas por PP y BNG, empatando a escaños, aunque no a votos, con este último; lo cual, dicho sea de paso, permitió consolidarse a su nuevo líder, Emilio Pérez Touriño, mientras los nacionalistas adelantaban su congreso a causa de los malos resultados. Anxo Guerreiro, el histórico líder de los comunistas gallegos, candidato de *Esquerda de Galicia*, anunció su dimisión el mismo día de conocerse los resultados tras haber perdido su particular pulso con EU-IU, que había abandonado con sus seguidores en 1997. La *Democracia Galega* (DG) de E. Marfany se estrellaba estrepitosamente, quedando reducida, con seis mil votos, a la condición de quinta fuerza política del país. Fraga, absoluto dominador de la Galicia interior,

consiguió su cuarta mayoría absoluta consecutiva con 41 escaños frente a 17 de nacionalistas y otros tantos de socialistas; con el aparato madrileño del partido reforzado por la incuestionable victoria de J. M^a Aznar en las elecciones generales, nuevamente las circunstancias parecían las más propicias para encarar el siempre aplazado problema de su sucesión.

Todo parecía indicar que, con los lógicos sobresaltos y tensiones, el guión se cumpliría finalmente. Incluido el diálogo sin precedentes abierto con X. M. Beiras en enero de 2002: si sorpresa causó en las filas “populares” el nuevo escenario dibujado por el de Villalba, en el seno del BNG, particularmente en lo que a la UPG se refiere, no daban crédito a un giro estratégico de tamaña dimensión. Pero a mediados de noviembre de ese año, el petrolero “Prestige” se partía en dos frente a las costas de Muxía ocasionando la mayor marea negra de la historia de Galicia. X. Cuíña, que veía como sus posibilidades de suceder a Fraga se evaporaban lentamente, manifestó sus reparos a la gestión de la crisis realizada desde Madrid, abogando por tomar las riendas desde Santiago y apoyar la creación de una comisión de investigación. Un órdago —el primer amago ya se había producido durante la crisis que desató en la Xunta el problema de las *vacas locas*— que debía consolidarlo como *primus inter pares* ante la anunciada remodelación de gobierno, de cuyos equilibrios dependería su futuro y el de los suyos. Fraga superó sin grandes problemas la moción de censura que la oposición le planteó en el mes de diciembre, pero no consiguió soldar las fisuras abiertas en su gabinete. El 14 de enero se filtra que, supuestamente, Cuíña había puesto su cargo a disposición del presidente, saliendo a la luz el enfrentamiento interno que mantenía con el sector del gobierno gallego liderado por los titulares de Economía, Xosé Antón Orza, y Pesca, Enrique López Veiga; ello habría sido aprovechado por Fraga o Génova para precipitar los acontecimientos: dos días más tarde, con el pretexto de que una de las empresas de su familia había vendido material de limpieza a un proveedor que surtía a la sociedad pública Tragsa, encargada de abastecer a los voluntarios que limpiaban las playas de fuel, el de Villalba le exigió su dimisión. El titular de Medio Ambiente, la otra víctima del chapote, lo acompañó en su salida del ejecutivo.

La crisis se saldó con un ejecutivo en sintonía con Madrid en el que primaban los aspectos técnicos frente a los políticos que antaño representaban los barones. Se ponía así fin a un sistema de cuotas que había regido desde 1989, por más que su fractura fuese evidente desde hacía ya tiempo. Sus dos pesos pesados eran Alberto Núñez Feijóo, que dejaba la dirección de Correos para hacerse cargo de Política Territorial, y Xosé Manuel Barreiro Fernández, heredero de Cacharro Pardo y el único con una nítida base territorial, que pasaba a Medio Ambiente. Rajoy, Romay —que seguía moviendo no pocos hilos a pesar de la distancia y de la pérdida de apoyos en Coruña— y Palmou parecían los grandes vencedores de un pulso que semejaba dar al traste con las aspiraciones del sector de la *boina*. Por entonces, era la ministra de Sanidad, Ana Pastor, quien acaparaba más titulares como la hipotéticamente mejor colocada ante la sucesión.

Inmediatamente todos los ojos se volvieron hacia Ourense y, en menor medida, hacia Lugo. Días antes de que Aznar anunciara a los cuatro vientos el famoso Plan Galicia, cinco diputados autonómicos fieles a Baltar, encabezados por su hijo, reali-

zaron un amago de rebelión interna exigiendo la renuncia del secretario general, a quien responsabilizaban de la destitución de Cuíña, a la vez que, en público, reafirmaban su compromiso con Fraga y la orientación galleguista del partido. Pero ni Cacharro secundó la maniobra, considerando que para él ya había pasado el tiempo de las aventuras, ni el ex consejero quiso quemar sus últimas naves en ella, por lo que Madrid y Fraga pudieron desactivarla momentáneamente con el horizonte puesto en las municipales del 25 de mayo de 2003.

Éstas pusieron a cada uno en su sitio. El Prestige, la guerra de Irak y las batallas internas del gobierno pasaron al PP^{de}G la lógica factura, aunque su cuantía fue inferior a la esperada por los analistas políticos: los populares descendían cuatro puntos en porcentaje de votos —el segundo peor retroceso de toda España—, se veían superado, por primera desde 1989, por la suma de PSOE y BNG, los socialistas pasaban a ser la lista más votada en cuatro de las siete principales ciudades (A Coruña, Santiago, Lugo y Vigo), los nacionalistas conservaban Pontevedra y los populares añadían Ferrol a la capital ourensana. En una primera lectura podría concluirse que las divisiones internas en algunos municipios de la costa castigaron más al partido en el gobierno que el chapapote —se presentaran un centenar de candidaturas independientes, la mayoría, pero no todas, pertenecientes al centro-derecha—, que el BNG era incapaz de capitalizar las movilizaciones auspiciadas por la plataforma “Nunca Más” y que el PSOE era la principal fuerza en ascenso. En clave provincial, los de Fraga perdían un escaño en la Diputación coruñesa —suficiente para que la suma de socialistas y nacionalistas sumasen un diputado más que la derecha—, dos en la de Lugo, uno en la de Ourense —donde, no obstante, Baltar conservaba 74 de las 92 alcaldías— y otro en la Pontevedra. Pero, con todo lo que había llovido en los meses previos, fueron muchos los conservadores que se sintieron más que satisfechos olvidando la vieja máxima de que en esto de la dinámica electoral lo importante, con vistas al futuro inmediato, eran las tendencias.

Mientras Aznar preparaba su propia sucesión, en Galicia la gran incógnita a despejar era si Cuíña Crespo se atrevería a liderar una escisión, un nuevo *barreiraço* que retrotrajese la política gallega a los años ochenta; porque lo de que Fraga se sucedería a sí mismo comenzaba a adquirir inquietantes visos de realidad. En la calle Génova, acostumbrada a aquello de que en Galicia hasta la lluvia marca unos ritmos diferentes a los del Estado, ni una cosa ni otra se descartaban por completo. La segunda sólo estaba en la recámara ante el escenario imaginado de un Rajoy victorioso en 2004, que no tendría mayores dificultades en someter el irreductible feudo galaico a la férrea disciplina del partido.

La hipotética escisión se consideraba improbable por una conjunción de múltiples factores. En primer lugar, una parte del espacio político que antaño había sido capaz de capitalizar el centro-derecha nacionalista/regionalista estaba ahora momentáneamente ocupado por el BNG, como demostraban los sucesivos amagos de lanzar a la arena política dichos mensajes bajo diferentes marcas, la última Democracia Galega, que para muchos no era más que un simple “sondeo” para ver las posibilidades reales de una alternativa de tal signo. Segundo, la hipotética nueva formación tendría muy difícil justificar ante el electorado un enfrentamiento cainita con Fraga que, no lo olvidemos, conservaba en sus manos la posibilidad de ade-

lantar los comicios y con ello impedir que aquella tuviese tiempo material para poder crear una mínima estructura. Tercero, a salvo de algunas excepciones, quienes manejaban los dineros no parecían precisamente dispuestos a apoyar experimentos antaño tan costosos, de incierto futuro y nada favorables para sus negocios; es verdad que, a diferencia del 86, donde sólo había *coroneles*, ahora también había *tropa*, pero no lo es menos que, con excepción de Ourense, la fortaleza de las baronías no era la de antaño e, incluso en ésta última, ya habían desaparecido las Cajas Rural y Provincial. Y, por último, los famosos *dossieres*, que en Galicia circulan a cientos, y que la experiencia del propio Barreiro Rivas enseñaba lo fácil que destruían prometedoras carreras, minaban partidos y condenaban al ostracismo a quienes no sabían medir correctamente los *tiempos*. Además, no faltaba quien opinaba que, con una sólida mayoría absoluta en la Carrera de San Jerónimo, la *Covadonga* gallega había perdido su carácter estratégico e, incluso, que la pérdida de San Caetano no sería tan mala si con ella se dinamitaba para siempre la incómoda independencia de la que siempre había hecho gala el PP^{deG}.

Los resultados del 14 de marzo de 2004 eliminaron algunos de los escenarios abiertos. Por segunda vez consecutiva, PSOE y BNG ganaban al PP en número de votos y por primera vez empataban en escaños: 12 de los populares por 10 de los socialistas —que conseguían romper su techo histórico— y 2 de los nacionalistas; no obstante, extrapolados a unas autonómicas, dichos números permitirían a los conservadores revalidar por los pelos su mayoría absoluta. Sólo Baltar salía, una vez más, indemne, pues hasta el barón lucense, Cacharro Pardo, languidecía ante el avance socialista; y aquel no tardaría en pasar factura. Antes, en agosto, se confirmó lo que desde meses atrás se daba ya por descontado: Fraga repetiría como número uno en 2005, para algunos la única posibilidad de evitar que el tándem Cuñía-Baltar se lanzase a la aventura en solitario. El inminente congreso regional escenificaría la unidad del partido en torno al viejo patrón, pero mientras sus fieles continuarían trabajando para segar la hierba bajo los pies del barón ourensano: la designación de Núñez Feijóo y de Barreiro como vicepresidentes 1º y 2º y los cambios en San Caetano con la salida de Diz Guedes —un leal colaborador de Fraga que se había alineado con Cuñía en la cuestión del Prestige y gozaba de la simpatía de Baltar— constituían el preludio de la batalla decisiva que se libraría con ocasión de la elaboración de las listas. Baltar decidió hacer bueno el dicho de que quien da primero da dos veces y el 20 de septiembre anunció a Fraga que abandonaba el partido y consumaba la escisión, harto de las maniobras para descabalarlo y de los sucesivos vetos a hombres de su confianza para ocupar puestos de responsabilidad en el ejecutivo gallego.

Nuevamente la crisis fue desactivada en las jornadas sucesivas sin que trascendiera el precio político pagado por el de Villalba, que, no obstante, supo manejar con gran habilidad los tiempos. En círculos periodísticos llegó a especularse con que Baltar recibiría carta blanca en la elaboración de las candidaturas —lo que, en la práctica, significaba concederle un “grupo parlamentario” propio—, el sacrificio futuro de Palmou y la designación de un secretario general de consenso, la potestad de nombrar a algunos miembros de la dirección gallega del partido en el congreso de octubre y del futuro gobierno e, incluso, la posibilidad de decidir el futuro del

alcalde de Ourense, Manuel Cabezas, con quien mantiene una evidente equidistancia. El congreso regional de los días 23-24 de octubre confirmó a Palmou en el cargo, con un Rajoy encumbrado semanas antes a la máxima autoridad nacional, que se permitió señalarlo, junto con Feijóo y Barreiro, como el referente después de Fraga. Pero hasta el más inexperto podría percibir que, tras dos victorias consecutivas de los del *birrete*, aquel había sido el congreso del empate y que la confirmación del secretario general no era más que un gesto para no convertir en estentórea la claudicación ante el ourensano. Cuatro días más tarde, Fraga le comunicaba que sería sustituido el 1 de diciembre por el alcalde de Lalín, Xosé Crespo, el hombre de consenso exigido por los rebeldes, pero la intervención personal de Rajoy y el amago de dimisión de varios consejeros fieles a Madrid le obligaron a recapacitar: Palmou continuaría en la secretaría, pero Crespo asumía la coordinación de la campaña y era directamente señalado como el nuevo hombre fuerte del partido desde su nuevo cargo de vicesecretario del PP^{deG}.

Los congresos provinciales del mes de diciembre de 2004 escenificaron una ficción reconciliación para dar una imagen de unidad ante el electorado menos informado: Barreiro y Baltar fueron aclamados por sus respectivas huestes, pero mientras el primero abanderaba las posiciones pactistas del sector de la *boina*, el segundo intentaba blindarse ante el post-fraguismo con una dirección hecha a su medida y las tropas prestas al combate. En cambio, en A Coruña, el triunfo fue para los fieles a Romay: desde que éste abandonara la presidencia provincial en 1999, Antonio Couceiro y Jesús Almuíña habían intentado sucesivamente hacerse con las riendas del partido; pero si el primero fue descabalgado en el 2002, a este último le pasaron factura la pérdida de la Diputación y su alianza con Baltar y Cuíña, y al final el propio Fraga acabó por abandonarlo a una semana vista del cónclave. Juan Juncal, alcalde de Ferrol, accedió a la dirección del partido aupado por el ex ministro de Sanidad y la dirección nacional en una operación que también buscaba proporcionar a Núñez Feijóo una base territorial de la que carecía para apuntalar todavía más sus posibilidades de sucesión a Fraga. En Pontevedra, el presidente de la Diputación, Rafael Louzán, no tuvo oposición alguna para repetir en el cargo gracias al tándem que forma con Xosé Crespo; en la dirección permanecen algunos fieles a Cuíña, aunque éste no controla ya como antaño las riendas del partido.

En la práctica, los cuatro congresos provinciales certificaron la recuperación de parte del peso perdido por las antiguas baronías. La explosiva situación interna y el goteo a la baja en las expectativas electorales obligaron al de Villalba a desistir en sus intenciones de agotar la legislatura, anticipando cinco meses los comicios, que quedaron fijados para el 19 de junio de 2005.

Las aguas también bajaban revueltas en el río nacionalista, donde se cocía, asimismo, la sucesión del carismático X. M. Beiras. Los malos resultados de 2001, que rompían con la tendencia ascendente de la formación, pusieron en la picota al durante años principal fustigador de Fraga. Las municipales de 2003, tras las irreales expectativas abiertas por la crisis del Prestige, dieron nuevos argumentos a quienes desde la UPG, el partido-guía y “núcleo duro del Bloque”, maniobraban hacía tiempo para forzar su definitiva jubilación, como mucho, tras las autonómicas de 2005; sus *coroneles* desconfiaban del predicamento de un Beiras que, tras el famo-

so *sorpasso* del 97, parecía en disposición de alcanzar la presidencia de la Xunta, lo que lo situaría a salvo de cualquier intento de control, algo que pesaba mucho más que la pérdida de apoyos experimentada. La creación de la figura de coordinador de la ejecutiva fue el primer paso claro en tal dirección; para el puesto fue designado el alcalde de Allariz Anxo Quintana, un independiente no adscrito formalmente a ninguna de las fracciones del Bloque pero muy bien relacionado con la UPG y a quien había que “rodar” cara la sucesión. El 30 de agosto de 2003 Beiras se anticipaba a tales movimientos y anunciaba que no se presentaría como número uno en 2005, obligando a la formación frentista a apurar los tiempos. La XI Asamblea del BNG, celebrada tres meses después de hacerse pública tal decisión, renovó a 9 de los 15 miembros de su comisión ejecutiva —que sigue controlada por los 7 representantes de la UPG, única fuerza sólidamente estructurada— y aupó al liderato a Quintana. Su estreno no fue, precisamente, afortunado: un mes más tarde, la ruptura de los pactos con el PSOE en el gobierno municipal de Vigo entregaba la alcaldía a la “popular” Corina Porro; poco después, en las legislativas de marzo de 2004, los nacionalistas perdían uno de sus tres diputados, aunque entonces, públicamente, se achacó a la bipolarización creada por los atentados islamistas.

X. M. Beiras pasó a ocupar una fantasmagórica presidencia del *Consello Nacional* recién creada que, en teoría, le confería la máxima representación interna y externa del BNG y le encomendaba velar por la adecuación de la acción política al proyecto estratégico de la formación y por el cumplimiento de sus disposiciones estatutarias. Dicho de otro modo, le daba la posibilidad de impulsar la renovación del *Bloque* desde un discreto segundo plano; o, al menos, eso pensaba él entonces. La primera andanada se produjo a la hora de la elaboración de las candidaturas para las generales de marzo, proceso durante el cual no se contó con Beiras ni como nominado ni como mero opinante. En los meses siguientes, contemplaría cómo el órgano que presidía era vaciado de todo contenido. Por fin, en febrero de 2005, el diputado en el Congreso, Francisco Rodríguez Sánchez ascendía a la general de la UPG; la formación marxista-leninista descartaba explícitamente el independentismo y se acogía a la fórmula, tan en boga, de la soberanía compartida a la vez que lanzaba una clara advertencia al antiguo líder en el sentido de que la renovación no sólo les alcanzaría a ellos. Tras estrellarse en su pretensión de continuar encabezando las listas por A Coruña o Pontevedra, lo cual, sin duda, eclipsaría al candidato, Beiras anunció, a dos meses de la cita electoral, que abandonaba la presidencia del BNG y renunciaba a presentar su candidatura a los comicios; al mismo tiempo, denunciaba que Quintana, por el que también había apostado para su relevo, se había rendido al aparato *upegallo*, ese mismo que él no había conseguido minar en sus años de liderazgo durante los cuales renunciara, por principios o imposibilidad, a crear su propia estructura de poder. Las urnas no tardarían en pasarles factura.

Sus aliados/rivales socialistas, dejando de lado al peculiar alcalde de A Coruña, Francisco Vázquez, siempre más inclinado a caminar por libre, escenificaban una imagen de unidad desconocida en lustros alrededor de Pérez Touriño. No podía ser otro el guión para un partido en franco ascenso, con un líder nacional más o menos cómodamente instalado en Moncloa y un lucense, José Blanco, aupado a la Secretaría de Organización de una formación que nunca se distinguió precisamente por

mimar a la dirección gallega. Mas Touriño, como siempre sucedió en el PSOE gallego, se sabía un dirigente con pies de barro a quien los resultados electorales podían condenar al ostracismo de igual forma que a quienes lo precedieron.

Las elecciones del 19 de junio, tras ocho días de suspense mientras se procedía al recuento del voto emigrante por el escaso margen con el que el PSOE se hizo con su octavo escaño en la provincia de Pontevedra, certificaron el cambio de rumbo en la política gallega tras casi 16 años de reinado de Fraga: el PP^{de}G, con 37 escaños, quedó al borde de la mayoría absoluta, pero la suma de socialistas (25 escaños) y nacionalistas (13 escaños) era suficiente para desalojar a los populares de la presidencia de la Xunta. Que el BNG retrocediese doce años, a los comicios autonómicos de 1993 en que obtuvo el mismo número de escaños, y que el PSOE quedase todavía a tres actas de sus mejores resultados de 1989 fue cosa menor comparado con el hecho de que era la primera vez, en un cuarto de siglo de régimen autonómico, que las urnas condenaban a la derecha a la oposición. También, por primera vez, las tres Comunidades Autónomas históricas estaban dirigidas por gobiernos con presencia nacionalista justamente cuando de nuevo arreciaba el debate en torno a la organización territorial del Estado. Y, por último, la siempre aplazada cuestión de la sucesión de Fraga, con un sector de la *boina* crecido por los resultados electorales de sus mentores frente a un *birrete* derrotado en las grandes ciudades por la suma de nacionalistas y socialistas; ello hace presagiar que la batalla congresual por el liderato del partido no sea tan sangrienta como muchos prevén.

Ciertamente se augura un tiempo político apasionante en la política gallega de los próximos años.

Recibido: 11 de agosto de 2005

Aceptado: 10 de marzo de 2006